

SÍTULAS DE SANTOMÉ

La pieza este mes, con la que cerramos el año 2011, está representada por un conjunto de elementos de sítulas, entre las que destacan dos prácticamente enteras, procedentes de diferentes campañas y áreas del Conjunto Arqueológico-Natural de Santomé.

Con esta elección, queremos contribuir, de alguna forma, a dar a conocer alguno de los utensilios que constituían la vajilla metálica de época romana, uno de los apartados menos estudiados de la arqueología, tanto hispana como gallega y que resulta de gran interés para el conocimiento de aspectos relacionados no solo con la vida cotidiana de sus usuarios, sino también con el comercio, con el artesanado, etc.

La sítula es un recipiente metálico, de forma troncocónica, cilíndrica u ovoide, sin cuello, de origen oriental; la encontramos en bajorrelieves sirios y en pinturas de algunas tumbas egipcias del siglo XVI a.C., siendo ampliamente introducido en el mundo griego y romano. El término procede del latín *situlae* y puede traducirse por caldero, cubo o balde, destinado principalmente para contener y transportar líquidos. Algún autor, basándose en un pasaje de las *Etimologías* de San Isidoro, mantiene que eran empleadas para beber y que fueron llamadas así por aquellas personas que tenían sed, *sitientibus*.

Los elementos que integran este conjunto resultan de gran interés para esclarecer aspectos cronológicos y funcionales, pues proceden de un contexto arqueológico bien definido, tanto desde el punto de vista cronológico como espacial. Aparece integrado por las siguientes piezas:

Una sítula realizada en una fina lámina de metal por martillado y estirada a torno; presenta forma bitroncocónica, con fuerte carena en el tercio inferior, fondo ligeramente convexo y borde exvasado, rematado en una pestaña vertical. Mide 19,5 cm de alto, 13,1 cm de diámetro en la boca, 17,5 cm de diámetro en la carena y 9 cm de diámetro en la base. Deficiente estado de conservación con restos de soldadura.

Otra, de paredes rectas con ligera carena baja y borde ligeramente exvasado con pestañas triangulares con perforación circular, recortadas en la propia hoja de metal, para suspensión del asa. Base circular con refundido central.

Ausencia de pies y molduras. Mide 9,1 cm de alto, 10,5 cm de diámetro de la boca y 4 cm de diámetro de la base. Al igual que la anterior, hecha martillando una lámina de metal, estirada en el torno.

Los apliques están representados por dos ejemplares, con ligeras variantes; corresponden al tipo definido por la presencia de un escudo circular decorado con un rostro humano, en el que se representan la nariz, los ojos, la boca y el bigote, delimitado por una corona circular por medio de incisiones verticales paralelas. Presentan un travesero decorado con líneas incisas paralelas, sobre el que se sitúa el anillo de suspensión, de forma ovalada, deformado por el uso. Corresponden al tipo I de la clasificación M. Delgado.

Otro ejemplar, de mayores dimensiones, consta de una placa cuadrangular calada con decoración de doble y triple sogá. Presenta perforaciones para remaches, tanto en el travesero, para adaptarse al borde de la sítula, como en los extremos inferiores.

La fabricación de los apliques se realiza por fundición en moldes bivalvos, soldados a los bordes de las sítulas, aunque hay ejemplares como este último, que aparece remachado por clavos a la vajilla.

En lo que respecta a los pies, aunque uno de ellos aparece fragmentado, se puede clasificar como perteneciente al tipo VI de Delgado, caracterizado por presentar una corona con soportes rectangulares a intervalos regulares. Es el único que puede considerarse exento, pues su forma le permitiría cumplir su función sin necesidad de ser fijado al recipiente. El otro tiene forma de garra, semejante al que se documenta en la villa romana de Pedrosa de la Vega, constituido por un anillo, soldado en su origen al fondo del recipiente, con tres pies a modo de garras, en las que no se acentúan los detalles de los dedos y de

las uñas. También en Peña Forua, se documentó otro de características parecidas, aunque sin destacarse bien los cinco dedos.

Finalmente, en lo tocante a las asas, una de ellas corresponde al tipo más numeroso, recortada en una hoja de metal decorado con una serie de puntos en zigzag, obtenidos por el martillado, y la otra, de sección rectangular, obtenida por fundición, rematando en punta aguda.

La primera de las sítulas corresponde a un tipo poco conocido en territorio hispánico, pero relativamente bien documentado en la zona portuguesa. En la feligresía de *Flor da Rosa* (ayuntamiento de Crato), se descubrió una de las mismas características que la de Santomé, con motivo de una plantación arbórea, con la particularidad de que apareció con un aplique Delgado I, el mismo que nosotros presentamos, y con un asa recortada en una hoja de metal. Así mismo, de la *Torre dos Namorados* (Fundao), procede otra también de forma idéntica al aplique tipo I de Delgado, encontrada de forma casual en un pozo antiguo, al hacer otro nuevo, en compañía de otras dos semejantes a la segunda que nosotros presentamos. Un tercer ejemplar, procedente de la mina de *Fojo das Pombas* (Valongo), lleva también el típico aplique. En las láminas de dibujos de L. Vives, conservados en la actualidad en la Hispanic Society of America de Nueva York, aparece otra sítula idéntica con sus correspondientes apliques tipo I. En territorio hispánico, se quiso relacionar con este tipo una procedente de *Caesaraugusta*, y otra del Palomar (Toledo); no obstante, pensamos que se trata de ejemplares muy diferentes, a pesar de presentar carena.

Las dos sítulas fueron descubiertas en la croa del castro, en la zona norte, próxima a la muralla y al torreón defensivo, en el interior de una construcción de esquinas redondeadas. Aparecieron sobre el pavimento de uso de la estancia, a escasamente 10 cm de distancia una de la otra, en un contexto con abundante cerámica de tradición castreña, terra sigillata hispánica, y con la pieza que resulta más interesante, un *dupondio* de Adriano. Este ambiente nos

sitúa a mediados del siglo II d. C., época que corresponde al último momento de ocupación y abandono del recinto castreño.

El resto del material aquí estudiado está en relación con el asentamiento tardorromano de Santomé. Merece especial consideración el contexto en el que se documentaron dos apliques y una de las asas, en un espacio que, por la presencia de escoria, carbones, residuos metálicos, señales de quemado y un estanque, se relacionan con un pequeño taller dedicado al mantenimiento, recuperación y restauración de piezas de hierro y bronce, para su uso en la vida cotidiana, más que para la fabricación de piezas originales.

Aparentemente puede resultar contradictoria la relación establecida entre este tipo de sítula con aplique Tipo I, si tenemos en cuenta que nuestra pieza apareció en un contexto de mediados del siglo II d. C., y los apliques, en otro que va desde mediados del III hasta comienzos del V d. C. Pero será este propio ambiente el que ayude a explicar la situación.

Resulta evidente que, en un principio, estos apliques formaron parte de estas sítulas con carena baja, en el siglo II d. C, pero al ser su metal más frágil y quebradizo que el de los propios apliques, estos pudieron ser de nuevo empleados en etapas posteriores en otro tipo de sítulas. Esto explicaría que, en Santomé, los apliques aparezcan en un espacio concreto, dedicado a la metalurgia, en una etapa tardía. Y también que la mayoría de los apliques publicados hasta ahora se documenten en esta etapa tardía.

La segunda de las sítulas, representa un tipo muy extendido en la península, sobre todo en la meseta, siendo precisamente uno de los elementos característicos que ayudaron a definir el ajuar de las denominadas necrópolis del Duero, pudiendo ser catalogada como el tipo 1a de Palol. También aparecen representadas, como ya vimos, en la *Torre dos Namorados*, y en Castejón (Navarra).